

**A**YER estuve en el pilarillo de Lanjarón, donde, como sabes, hay una inscripción de losetas de cerámica granadina de unas palabras de Pedro Antonio de Alarcón. Palabras que tanto te gustaba leer. Siempre que voy al pilarillo me acuerdo de ti, de Pilar, de Luisito, de Laurito. Yo creía, Lauro, que este verano ibas a venir por aquí, como otras veces. Se lo dije a Pilar hace unos días y me contestó que te lo iba a decir. Y aquí, en Salobreña, os sigo esperando y ya volveremos al pilarillo e incluso al Tajo de la Cruz, donde en la venta que tiene una terraza sobre el Tajo, como bien sabes también, pedíamos aquellos buñuelos con chocolate.

Cuando vengas este verano no me recuerdes, por favor, lo del barrio de Pozas de Madrid. Y menos me recuerdes que ni Pilar ni tú os queráis ir de vuestro pobre rincón, que era la casa del barrio de Pozas donde vivíais y, ya sin solución, tuvisteis que dejarla porque erais los únicos que resistíais al acoso de la especulación inmobiliaria de los años sesenta y que, corregida y aumentada, todavía dura. La noche antes de ir os pintasteis la bandera española en la puerta de la casa; bandera que tendría que ser pisoteada por los que a la mañana siguiente tuvieron que echar abajo la puerta y entrar en vuestra pobre casa pisoteando el símbolo máximo de España; un símbolo del que —una vez más y, por desgracia, no la última— el franquismo de entonces se creía dueño y único representante. Yo me preguntaba: Dios mío, ¿qué es España? Y me lo sigo preguntando como creo que Unamuno, Ganivet, Ortega, Rodríguez Méndez, tú y otros muchos, entre ellos los que llaman «generación realista»; al parecer, totalmente destrozada, pero a pesar de la intención del destrozo, no podrán con esta generación ni los de antes ni los de ahora. Recuerdo que en aquellos años sesenta, el crítico de teatro de «España de Tánger», llamado Sergio Nerva, nos llamó en un artículo

## LAURO OLMO, AMIGO MÍO

Por José MARTÍN RECUERDA

«generación perdida», pero ya ves nuestra perdición: hemos estrenado y publicado —por fuerza de calidades y evidencias insoslayables— mucho más de lo que en este país nuestro y sus circunstancias políticas, sociales y culturales cabía esperar. Además hemos merecido atención especial en distintos países y culturas: ¿y cuándo no fue así, querido Lauro, en nuestra historia literaria?

Cuando íbamos camino del pilarillo me contabas lo mucho que sufriste desde que llegaste a Madrid desde tu Galicia natal, a la edad de ocho años y vendías por las calles todo lo que te daban para que vendieras. Eso fue magnífico, porque así conociste profundamente a Madrid, a su gente, a sus calles, a la manera de hablar, sobre todo en los barrios pobres. Quizá fuera ésta la base de ser quien eres y de escribir lo que escribes. Y estos conocimientos fueron, creo yo, tu mejor porvenir. En la profundidad de este conocer estaba tu bondad, tu equilibrio, tu grandeza, tu amor a los seres humanos en infinitud de cosas más que se quedarán para siempre en tu escritura.

Yo llegué a Madrid, como te he contado tantas veces, hecho un muchachillo, con la carrera de Letras recién terminada, para ser un pobre profesor de Literatura en una filial del Instituto Ramiro de Maeztu. Filial que estaba en el Batán, donde tenía que trabajar con luces de neón y en una especie de sótano. Para qué seguir hablando de todo aquello que conocí. Llegué, claro, con denuncias puestas por causa de mis obras dramáticas,

y no sabía qué podrían hacer conmigo. La censura detenía todas mis obras, al igual que ocurrió con todos mis compañeros de generación.

No quiero recordar más nuestros comienzos de los años sesenta.

Sí quiero recordarte, Lauro, cuando murió el general Franco, y yo estaba trabajando en la Universidad de Salamanca, sin dejar de escribir mis obras, y tú me llevaste a tu casa de Madrid y me tuviste largo tiempo, porque no sabíamos qué pudiera pasarnos ni a ti ni a mí. Y a seguir escribiendo. Nuestra generación ha sido acorralada siempre, pero yo creo, aunque algunos digan lo contrario, que nuestra generación siguió viviendo con más fuerza en los años setenta, ochenta, y aún lo hace en los noventa. Obras escritas con un profundo amor a nuestra nación. Obras que reflejan la mayor actualidad española. Y aquí estamos, llevando muy dentro de nosotros a esa generación casi condenada. Pero es tan hermosísimo todo, Lauro: seguir escribiendo sobre España y que nos conozcan,

como ya hemos dicho, en otras naciones del mundo.

Estaremos siempre unidos, Lauro, amigo mío. Tus pensamientos, tu cariño, tu verdad, tu bondad estarán siempre unidos a todos. Fíjate bien lo que te digo: «a todos», no sólo a nosotros, sino a la gente que ha vivido a nuestro alrededor. Ahora, al escribir, me pregunto: «¿qué pasa en España?» «¿Los problemas de España quedarán reflejados en nuestras obras?»

Tan pronto como vengas, Lauro, seguiremos hablando en el pilarillo. Me gustaría mucho volver a verte leyendo las frases de Pedro Antonio de Alarcón y beber agua en los caños del pilarillo.



J. Martín Recuerda  
Escritor

**V**ICISITUDES, apoteosis, desenlaces en las historias del amor, han sido materia sabrosa en la literatura. Quisiera recordar esto en algunos cuentos del «Libro del Buen Amor», de Juan Ruiz, leal amador. El amor casi siempre exige reciprocidad, despierta eco, conlleva el ser amado. A veces el amor no es correspondido. O no se ama de la misma manera ni en la misma dirección. La culebra moribunda, librada y curada, devuelve al bienhechor cintarazos que lo ahogan. Se le anilla ásperamente. ¿El amor es pena y desgracia? Entonces ya no es amor. Se marchita como la rosa efímera. Eso le aconteció al galgo lebrero. Cuando era joven y lucía rozagante juventud, era amado. Cuando envejeció y no estaba para trotes y para la caza, lo despreciaban. Amores grandes, románticos, rayanos en la locura, abocados a la muerte. Hay amores, por otra parte, pequeños, cotidianos, que resucitan cada mañana, que reviven. Un ratón quería saborear el haba, «Roer fava», tranquilo y en solaz. Más que succulentas viandas en permanente estado de alerta y desasosiego, en tensión nerviosa.

El amor tiene su oportunidad. Si es ciego,

## AMORES DE CUENTO

Por Crisógono GARCÍA

no sabe elegir. Pero el amor humano es libre. Sabe elegir. Se adorna de la libertad de elección entre muchos. Reduce el universo a un solo ser, sabe decir exclusivamente «tú». No

se remite el amor a la suerte de escoger una anguila en un saco de noventa serpientes. El gallo despreció el zafiro encontrado en el muladar y prefirió un simple grano de uva.

¿Habrá amores prohibidos? No creo. Rotundamente no creo. Las caricias del perrillo faldero agradan a la dama. Las caricias del asno, no. Hay amores, como cordeles, que estrangulan, aniquilan, destruyen.

Si el amor es donación, lo dará todo meticulosamente, gradualmente. Un beso, el corazón, la vida entera dará el amor a quien sea digno. Lo que no hizo la raposa que dejó colmillos, ojos, orejas, pero huyó despavorida cuando quisieron extraerle el corazón.

Dicen que cuenta el prestigio, el dinero, el poder en el amor. Un león era amigo de un ratón. El diminuto ratón liberó al león, cazado, de mallas y barrotes. Se habla de amores de pacotilla, de requiebros y lisonjas. Fue lo que hizo la zorra con el cuervo. Le piropeó llamándole cisne, calandria, ruiseñor, gallo de altanería. El cuervo se lo creyó y soltó el queso que mordía en la boca. Ardides y ardimientos en el amor.

El amor no es un cuento. Es la esencia de la vida.

**VENDA  
SU COCHE  
SOBRE  
LA MARCHA**

**MÁS DE 21.000 OFERTAS EN EL 93\***

A toda velocidad. Poniendo su anuncio por palabras en ABC. Como han hecho ya las miles de personas que en el 93 han publicado más de 21.000 anuncios. En ABC.